

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIÓDICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

ESTADO DE LAS LETRAS EN LA EDAD MEDIA.

JUAN DE MEUNG.

Juan de Meung, poeta francés, apellidado *el Clopinel* por ser cojo, fué el continuador del romance de *La Rosa* tan celebrado por nuestros antepasados. Nació Clopinel cerca de Orleans en la pequeña ciudad de Meung á mediados del siglo XIII. Habiendo tenido noticia y conocimiento del romance de *La Rosa*, compuesto por Guillermo Lorris, se resolvió, á petición de Felipe el Hermoso, á dar una continuación de este poema, para lo cual suprimió los ochenta y dos últimos versos que formaban su desenlace, y extendió un plan mucho mas santo aumentando diez y ocho mil versos. La historia sagrada, la profana, la fábula, la teología, la política, la moral y la física, todo entra en dicha composición: se hallan los nombres de la mayor parte de los escritores de la antigüedad, y de cuando en cuando se hace mas festiva la materia por medio de cuentos y rasgos satíricos. Con todo, no tiene el interés de los largos romances de caballería, lo que sin duda es debido á multitud de episodios y digresiones que entorpecen el curso y desarrollo de la acción, y á la alegoría continuada hasta la saciedad.

El mérito principal de tan ensalzada producción consiste, á mas de la agudeza y descripciones científicas, en cierto candor inimitable.

A propósito de este poema, vamos á echar una rápida ojeada sobre el carácter y progresos del orden intelectual, en Francia en los siglos XII y XIII. En la época actual, inquisidora por esencia, debe llamar mucho la atención la historia literaria. El estado de completa ignorancia de los tiempos feudales, duró hasta el siglo XII, en que empezó á tomar incremento la aplicación al estudio. En este siglo y el siguiente no hallamos nada perfecto, pero vemos que todos empiezan su marcha hácia la perfección y el espíritu humano abandonando las antiguas rutinas abre una nueva senda libre y desembarazada.

En primer lugar, señalaremos la multiplicación de manuscritos y la formación de diferentes bibliotecas á mediados del siglo XII, en que no solo se hallaban los libros contemporáneos, sino tambien todas las producciones antiguas griegas y romanas. Ciertamente no somos de parecer que la imitación y dependencia de una literatura extranjera haya adelantado la moderna civilización intelectual; al contrario, opinamos, que acaso hubiera sido mejor dejar que el genio nacional se desarrollase con toda su fuerza aisladamente; sin embargo, no dejó de producir algunas obras felices el familiarizarse con los autores de la antigüedad. Los libros eran muy raros. El obispo de Vence dejó su biblioteca á los canónigos de San Victor de Marsella, excepto un breviario, cuyo valor debía emplearse en la adquisición de tierras: otros mil ejemplos pudieran citarse en comprobación del alto precio de los manuscritos en aquellos tiempos.

En esos siglos de actividad, de espíritu, empieza la lucha del latín con el idioma vulgar que despues vino á ser esalengua francesa que ha producido tantas obras admirables. La lengua vulgar se hablaba entonces entre los legos y hasta entre los clérigos, y á pesar de los esfuerzos de las universidades para detener sus progresos, empezó á invadir los estudios. Particularmente en el siglo XIV se vertieron al francés algunos libros para uso del pueblo, como los Evangelios y la Biblia lo que causó viva impresion en la iglesia; en términos progresó la lengua francesa que llegó á predominar, quedando el latín circunscrito en las fórmulas de los actos y la argumentación.

Las crónicas fueron las primeras producciones escritas en lengua francesa. Su mérito literario es casi nulo: sus autores casi todos son contemporáneos de los hechos que refieren y hablan de vista ó de oídas, pero como á la razón reinaba la mas ciega é irreflexiva credulidad, domina en estos escritos, que contienen milagros y maravillas á vuelta de algun hecho interesante y en medio de los anales del monasterio á que perteneció cada cronista. Sin embargo, no deja á veces de leerse ciertos rasgos que dan á conocer las costumbres de la época, y en prueba de ello pueden leerse las obras de Villehardouin y de Joinville como igualmente las crónicas de San Dionisio.

La edad media abundó en opúsculos, sermones, y epístolas; en una palabra, en toda aquella clase de escritos que favorece el espíritu religioso. Los sermones, casi todos se escribieron en latín; pero luego que se destinaron á conmover y á poner en movimiento á la muchedumbre, por ejemplo, en tiempo de las cruzadas, debieron naturalmente predicarse en lengua vulgar para que fuesen entendidos de todos. Pocos nos que-

dan de estos últimos y los que se atribuyen á los hombres mas distinguidos de su tiempo tal como San Bernardo, Pedro el Ermitaño, Juan de Salisburi, etc., etc., están muy lejos de corresponder á la gran fama de que gozan sus autores.

Carecia entonces el talento de la libertad que es su principal móvil, y así la literatura de aquel tiempo gira sobre un círculo determinado y estrecho que no se determina á traspasar el genio esencialmente libre, de donde procede esa monotonía que sofoca á la literatura de los tiempos medios.

Hubo, no obstante, cierta especie de producciones en que campeaban algunos pensamientos libres, y aun cuando con groseras formas, se hallan sin embargo,

perdonaba ni aun la inviolabilidad del rey, ni al castellano, ni al consejero, ni al papa, y en esta ardiente crítica de la sociedad damos así algunas nociones sobre las costumbres privadas, y sirven á la par de comprobación á las crónicas monásticas. Grande interés ofrecen en esta parte las sátiras del monge de Montaudon y de Pedro Cardenal; el primero nos pintó la vergonzosa disolución de los castellanos, y el otro la del clero en todas partes.

El *tenzon* consiste en un diálogo entre dos interlocutores que defienden diversa opinion sobre algun punto de moral, de amor, de poesía ó caballería. Es un género poco interesante, excepto cuando se satiriza al noble ó al clérigo. Ademas existian otros cantos que



Juan de Meung presentando un libro á Felipe el Hermoso, copiado de un manuscrito antiguo.

ciertos gérmenes de independencia; lo cual no deja de tener importancia en medio de las obras estériles de los siglos XII y XIII donde se encuentran algun aliciente en los cantos poéticos de los menestrales y trovadores, que mas bien que como producciones literarias, se hacen notables dichas poesías como monumentos históricos; en ellas debemos buscar la sociedad, agitando-se y obrando segun su carácter. Si los cronistas nos enseñan la verdad de un modo poco terminante, la hallaremos esplicitamente consignada estudiando con reflexión los poetas de aquel tiempo.

Dividiase la gayer ciencia en varios géneros, y entre ellos, los *serventes* y *tenzones*. Fueron los primeros unas sátiras generales, ó individuales, en que no se

se titulaban *albadas*, *serenatas*, *baladas*, *trovos* etc.

Terminaremos repitiendo que la literatura de aquella época solo nos debe interesar como un conjunto de monumentos históricos, y seria cosa difícil encontrar hoy modelos que nos demostraran la infancia del arte; pero lo que puede hablarse en efecto es un traslado de las opiniones y costumbres que dominaban á la sazón, lo que no deja por otra parte de prestarnos grande utilidad.

LA DANZA MACABRA.

Era una creencia universalmente extendida en la edad media, que el mundo debía acabar con el año mil. Durante cien años, se vió éste poseído de un terror pánico, y quedó en una indecible angustia, la vista fija en el reloj de arena del siglo, creyendo siempre oír á la caída del último grano, sonar las trompetas del juicio final. Logró al fin tranquilizarse aunque con gran dificultad, y no pudo llegar á desterrar esta idea, con la cual había permanecido tanto tiempo frente á frente. Continuó saboreando con lentitud las angustias de la muerte, cavándose él mismo como un trapense, la fosa para su sepultura.

El paganismo no había conocido esos espantos de la última hora, esas terribles fealdades del sepulcro. Hacia desaparecer bruscamente el difunto en la pompa de sus funerales teatrales. El Egipto embalsamaba sus cadáveres; los encerraba en cajas cubiertas de dorados y geroglíficos; desde entonces no era ya un cadáver, era una momia, es decir, un penate mas en el hogar, un ídolo mas en la casa. La Grecia trasfiguraba los suyos por medio del fuego sagrado de sus piras. El cuerpo se envolvía enteramente en la llama como un diamante: apenas quedaba un puñado de blanca ceniza, que amontonaba y esparcía el primer viento. Así, los bajos relieves de sus sarcófagos, no se parecían nada á las asquerosas enseñanzas de la tumba: antorchas encendidas, cepsidros trastornados, urnas elegantes, hermosos genios con las alas blandamente plegadas, hé aquí todo lo que hallaban sus escultores para simbolizar la muerte.

El cristianismo, dando los cuerpos á la tierra, les volvió todo su lúgubre prestigio. Cuando la lenta alquimia de los gusanos había consumado su obra, los exhumaba y amontonaba confusamente en los osarios de sus iglesias; estos eran como unas claraboyas de la eternidad, como ventanas del otro mundo que daban sobre la ciudad, por donde santos y réprobos, elegidos y condenados, estrechándose unos contra otros, miraban siniestramente los que pasaban.

Desde entonces la muerte, hasta aquí pura abstracción, idea, ser filosófico, tomó una forma, un cuerpo, una realidad, se encarnó en el esqueleto, y llegó á ser la diosa de la edad media.

Por esta razón la adoraba, porque nunca trabajó tanto como en esta época sombría. Hacia 1346, comienza una interminable serie de pestes, de hambres y de guerras. Se hubiera creído presenciar el desfile de los caballos fantásticos de la Apocalipsis; ninguna tregua, ningún descanso. La terrible cohorte se replegaba sin cesar sobre sí misma; salía por una puerta de la ciudad, y entraba por la otra como en el círculo de una evolución regular y esterminadora.

La mas espantosa de estas calamidades, fué esa famosa peste negra de 1350, que arrebató, se dice, la cuarta parte del género humano. Pero esta vez fué demasiado; la medida estaba llena, el terror se trocó en alegría salvaje, la desesperación se trasformó en delirante gozo, y ese *de profundis* secular que no acababa nunca, se terminó en báquica noche buena, en canción de orjía. —La muelle indiferencia pagana volvió entonces como de sí misma. Se arrojó la calavera entre las copas del festín; se quiso morir voluptuosamente y caer con gracia. Ved el prólogo del Decamerón. La epidemia está en Florencia; damas y caballeros, todos jóvenes, se encuentran en la iglesia de Santa Maria Novella, cuyo pavimento desfondado no es mas que una fosa inmensa y profunda siempre abierta. ¿Y qué hacer? La ciudad está inhabitable, tanto valdría vivir en el cementerio. Pampinea ofrece su quinta; los pocos dias que les quedan de vida serán al menos dulces y tranquilos. Se acepta, se elige un rey del banquete, y se cuentan alternativamente voluptuosas historias. Ese tañido lejano que trae el viento, es el doble de las agonías, pero ¿qué importa? El eco lo devuelve como un repique. Esa brisa que vaga entre los naranjos, tal vez conduce los miasmas de la peste; pero sería necesario el olfato sutil de un sepulturero para oler en ella la muerte. Hacen bien en dormirse, mecidos por el coro de esas voces amorosas, como aquellas jóvenes romanas del imperio que se abrían las venas, y se aletargaban en el agua perfumada de un baño lentamente enrojecido con su sangre.

Mas por otra parte, ese supremo abandono de la desesperación se traducía de una manera mas trágica. Uno de los mas espantosos fenómenos engendrados por la peste negra, fué la danza de Saint-Guy; en cierto periodo del contagio, los enfermos poseídos del vértigo se ponían á danzar. Se les veía agarrarse de las manos en las calles, y formando ruedas, saltar como bajo la rabiosa picadura de una diabólica tarántula. Esto es lo que dió la idea de la danza Macabra. (1). En efecto, ¿cómo no creer que la muerte estaba allí, invisible director de este baile de agonizantes, llevándolo en pos de sí para hacerle caer sin aliento en la tumba? La danza Macabra fué primero un drama, un misterio, que se representaba en París en el cementerio de los Inocentes, tablado natural de la horrible farsa.

(1) Entre las varias opiniones que hay acerca de la denominación de *Macabra*, que se da á esta danza, la mas fundada y aceptable es, según una acreditada revista contemporánea, que tomó este nombre del poeta Macabre, que fué el que primero trató de este asunto en versos alemanes, traducidos en latín por P. Desroy de Troyes, en 1450.

(N. del T.)

Se había dado un sentido á la epilepsia; la danza de Saint-Guy había llegado á ser un símbolo, una moralidad; era la muerte invitando á cada hombre á su baile, desde el papa hasta el hermano lego, desde el emperador hasta el villano. En la época en que el espectáculo se ejecutó por primera vez, el contagio diezaba la ciudad. París no era mas que un lazareto, una leprosería. ¡Qué espectáculo tan extraño debía ser este! Figúrenosnos aquel auditorio de apestados asistiendo en cierto modo á el ensayo de la pieza, donde debían bien pronto, acaso á la tarde misma, hacer su papel, estallando á cada una de las bufonadas de los sinistros charlatanes, las espantosas carcajadas de San Medardo.

Este tema lúgubre fué adoptado entonces con un sombrío entusiasmo. La pintura le popularizó por toda la Europa. Los muros de los cementerios, eran, por lo regular, los fondos que escogían los pintores para sus fúnebres frescos (1). El grabado y la cinceladura no tardaron en reproducirlos bajo todas las formas. Hallamos la danza de los muertos guarneciendo las páginas del libro de las horas, serpenteando alrededor de la empuñadura de las espadas, y aun á veces orlando con su rueda la parte exterior de las copas y de los vasos.

Es propio en el destino de todas las concepciones vivaces del arte, el reproducirse desde luego á el estado informe, despues de desprenderse poco á poco y de ensayarse diversamente al través de los siglos, hasta que un hombre de genio se apodera de ellas y las fija definitivamente en una obra maestra. Esto fué lo que sucedió con la danza Macabra. Despues de haber pasado bajo los pinceles y los buriles toscos y bárbaros de toda una generación de góticos *estamperos*, se resumió bajo el lapicero de Holbein (2) en una obra que ha hecho olvidar todas las de sus predecesores. Esta obra será la que escogeremos para pintar la fúnebre y estravagante fantasmagoría de la edad media; en ella hallaremos, ademas de la eminente superioridad de la forma, una inteligencia del alcance filosófico del objeto, que ni aun sospecharon los que le precedieron.

Invitamos, pues, al lector á que abra con nosotros este melancólico album, ojeando rápidamente sus páginas.

El frontispicio del libro es el mismo que el de casi todas las biblias antiguas. Allí se ve á Dios en traje de papa, en medio del Paraíso terrestre, sacando á Eva de la costilla de Adán dormido. Así del nacimiento de la muger, hace Holbein el prólogo del drama de la muerte; y con razón, porque ligán con ella á la muger mil lazos secretos, porque según el Génesis, es la madre comun, es la madre del género humano; porque mas tarde, Salomon, en medio de su idólatra serrallo y en su saciedad de rey, dejará caer de sus labios este melancólico proverbio: *Mulier amarior morte*: la muger es mas amarga que la muerte.

En efecto, el nacimiento de la muerte viene inmediatamente despues. Estamos aun en el Paraíso terrenal; Eva acaba de cojer la manzana prohibida. Al estremecimiento de la rama sacudida que ella miraba como una señal, la muerte, repugnante hamadriada del árbol tentador, entreabre la corteza de su tronco y hace su entrada en la tierra, en adelante su feudo y su reino. Héla allí para siempre desposada con el hombre; ella es la que le sirve de guia cuando el serafín irritado les arroja del Eden; la volvemos á hallar cavando á su lado el primer surco del primer campo; en adelante él la arrastrará por todas partes en pos de sí como una sombra disforme.

Así, antes de comenzar su tarea de exterminio, la muerte celebra su advenimiento con una fiesta solemne, con una gala satánica. Esta lámina se intitula *el triunfo de la muerte*. Una orquesta de esqueletos entona el siniestro *Te Deum* de su victoria. La fantasía del pintor los ha engalanado con oropeles y extraños ropajes; el uno tiene una flauta entre sus dedos nudosos; el otro toca una trompeta salida de las fraguas del infierno, aquel bate el tambor con dos huesos por baquetas. Pero lo que la pluma no puede traducir, es el verbo grotesco, el arranque sin aliento con el cual los negros diletanti ejecutan su infernal zambra; es el efecto fúnebremente cómico de un aquelarre de delirantes. Goya y Callot, con los caprichos de su fantasía, no lo hubieran hecho mejor.

Aquí es, hablando propiamente, donde comienza la danza Macabra, cuya idea principal y esencial, repito, es la de recordar bajo la forma de una alegoría dramática, la igualdad de todos ante la muerte, la nivelación del cementerio. Nada hay ante ella confuso y sin concierto, tiene su orden y ceremonial del que nunca se aparta. La vida está allí representada por diputaciones, tomadas de todos los puntos de la actividad social. La reunión de los llamados al baile, forma un cóncave universal, donde el edificio político de la edad media, se halla desde la cima á la base, desde la clave de la bóveda hasta los fundamentos. La indisoluble gerarquía se conserva hasta delante de la muerte, y ella la respeta á su vez; la etiqueta de la vida se observa fielmente en su baile; no irá á invitar á el obispo antes que al cardenal, ni al burgomaestre antes que al bur-

(1) Todavía se ven aun en Eáte, en Minder, en Lucerna, en Dresde, en Lubeck y en muchas otras ciudades, vestigios de estos frescos, la mayor parte borrados.

(2) Un error, muy largo tiempo acreditado y casi universal, atribuía á Holbein la danza de los Muertos de Bale, que es muchomas antigua. Holbein no pintó jamás su danza de los Muertos, no hizo mas que dibujarla en una colección de cartones, cuyos originales se han perdido desgraciadamente.

grave; comienza por la tiara, para llegar pasando sucesivamente por la corona, el birrete cardenalicio, la mitra, el casco, el sombrero, etc., hasta la chichonera del recién nacido. ¿Qué cosa mas significativa que la terrible ironía de estas precedencias?

Holbein, lo mismo que sus antecesores, ha seguido, aunque con mucho menos rigor, esta marcha arreglada y descendente: solo introdujo una innovación, que da á sus obras un alcance filosófico mas alto y profundo. La rueda de los viejos estamperos góticos, se desarrollaba en lo infinito, lejos de todos los accidentes de la vida terrestre. La muerte estaba allí representada en el vacío. Holbein, la trasportó al mundo real, sorprendiendo á los que iba á herir, en medio de sus ocupaciones familiares y características, en términos de poder dar un sentido particular á cada grupo de su danza, á cada episodio de su drama.

Al papa, es al primero, en su calidad de jefe espiritual de la humanidad, á quien dirige la muerte su terrible homenaje.

Se le ve sentado, con la tiara en la cabeza, en su cátedra pontifical, en medio de todas las pompas geráquicas de su corte. Porque el pintor lo ha colocado en el momento en que corona emperador de Alemania al César, al Augusto, al rey de los romanos. El que tiene la espada de Dios, está ante él postrado, en la humilde actitud de un suplicante, y pegando sus labios á su sandalia. ¡Oh! ¡cómo debe saborear entonces la colmada copa de la embriaguez de la gloria! ¡A qué sueño delirante entregará en tales momentos sus sentidos! El, pobre monje, quizá salido de la celda eremítica de un convento, como debe hacerle estremecer el humilde ósculo de esta boca imperial, que hace temblar el mundo cuando habla! No piensa ciertamente en la grave advertencia que le fué hecha el dia de su advenimiento, cuando un sacerdote sopló ante él una antorcha encendida, cantando por tres veces: *Sic transit gloria mundi*! La muerte será la que se encargue de recordárselo. Ella es la que entreabre de pronto el cortinaje de púrpura de su trono y le llama aplicándole bruscamente su mano sobre el hombro. Su vida ha concluido: el emperador no abraza ya mas que el pie helado de un cadáver. El sacerdote tenía razón: *Sic transit gloria mundi*!

Ahora le toca su vez á el emperador. También él se halla sentado en su trono; con la espada de San Pedro en una mano, y el globo de Carlomagno en la otra; el gran mariscal del santo imperio, el canceller mayor, el gran tesorero, los archiduques, los margraves, los landgraves, los condes, los barones, todo ese Olimpo germánico, de que él es el Júpiter, le rodean. Empero mirad: la muerte ha saltado á horcajadas sobre sus hombros, ella se rie descompasadamente y le escamotea su corona. ¡Electores, partid para Francfort, como los cardenales para el Quirinal! ¡La dieta está convocada, el emperador ha muerto!

El rey se halla á la mesa, en medio de su corte, bajo su blasonado dosel. El que en la régia servidumbre ejerce las funciones de trinchante, hace trozos á su lado, sobre un plato de oro, la carne humeante de los venados de su caza real. ¿Mas dónde está su escanciador? Su escanciador es un recién venido que nadie esperaba, es la muerte que ha tomado su copa, vertiendo en ella el opio que hace dormir ese sueño del que no se despierta jamás. La reina no permanecerá mucho tiempo viuda; héla allí que se dirige á la catedral para orar sobre la tumba de su esposo, seguida de sus damas de honor y de sus camaristas. La muerte, disfrazada de dueña, se introduce entre ellas. Una toca negra encapucha su cabeza de vieja temblona, de boca sumida y de ojos de lechuza; la coje por el brazo y la hace tropezar y caer en la fosa hambrienta, que ella misma ha ahondado á sus pies; sus caudatarios espantados, tienen que abandonar prontamente la cola de su vestido, sino quieren ser tambien precipitados.

No se estrañe oírnos, en el curso de este trabajo, hablar de la calavera como lo haríamos de un semblante animado.

El esqueleto humano recuerda con sus formas angulosas y repugnantes la vida real de este mundo, de mil maneras grotescas y terribles; y Holbein ha sabido aprovecharse de esta idea con maestría, dando á ese cráneo ciego y descarnado, á ese espectro acéfalo, por decirlo así, todas las innumerables y movibles expresiones de la máscara humana. Sobre sus megillas osificadas, ha figurado los pliegues de la cólera y de la amargura; en sus órbitas negras y vacías, ha puesto ojos extraños que tienen tambien sus miradas y sus rayos; á aquella boca sin encías y sin labios, á aquel rictus desdentado, ha prestado esas risas falsas, sardónicas, truhanescas, esos fruncimientos de labios desdenosos, esos estallidos de feroz alegría; ha hecho mas aun: le ha dado un sexo y una edad. Aquí es una vieja, allí un doncel, ya un vejancon, ya una jóven; por lo demas, la muerte en su obra, se disfraza y cambia de vestidos con mas frecuencia que una cómica caprichosa, y sus continuas metamorfosis, sirven para engañar maravillosamente la vista ya fascinada.

Continuando así en descendir piso por piso las espirales de la humana Babel, la muerte llega al cardenal, despues al obispo, á el pastor de las almas que sorprende en medio de sus ovejas que pacen en derredor suyo á la sombra de su cayado pontifical; de allí va al príncipe del imperio y á el abad; en esta última composición se reconoce al amigo de Erasmo, el caricaturista de los conventos, de los que era á la par con sus folletos un censor inexorable. Ella aparece burlesca y sarcástica: el abad es un monge obeso, coloradote,

con su triple barba; un monje de Rabelais, un verdadero prior de la abadía de Thélème. La muerte lo ha despojado de su mitra para ponérsela sobre su frente calva, lo arrastra tirando de su hábito con fingidos y exagerados esfuerzos de cansancio, en los que se advierte un aire de burla zumbona; porque el monje resiste, lucha y se hace arrastrar: sin duda echa de menos el muelle y soporífero bienestar del monasterio, las monacales opulencias del refectorio, todas las tranquilas y suculentas delicias del reino del claustro.

La abadesa, el gentil-hombre, son en seguida invitados a la danza, después el canónigo. Klauber, el pintor de la danza de los muertos de Bâle, ha hallado en este último asunto una vena de fantástica y poética inspiración superior esta vez a la de Holbein. Su canónigo está en el coro; es un anciano de alta estatura y agradable aspecto, de ojos contemplativos; el coronamiento dentellado de su sitial de ébano, rodea maravillosamente su frente calva; tiene en la mano el breviario, en el cual ha pasado su vida en cantar y leer; la muerte se aproxima de puntillas y le dice al oído como para no interrumpir el oficio, que la hora ha llegado y que es forzoso la siga: el anciano la mira con aire sereno y le hace una seña pidiéndole que deje concluir el versículo comenzado, y marca con un registro de terciopelo, el lugar del salmo donde ella lo ha ido a interrumpir, como si hubiese de volver pronto a continuarlo; parece como que dice a la muerte: «Allá voy.»

Tienes razón en poner la señal en tu libro de las horas, buen canónigo; porque vas a continuar en el cielo las vísperas comenzadas en la tierra: tan solo trocarás tu sitial de ébano, por una silla de oro de oro fino, labrada por San Eloy; será Santa Cecilia la que en lugar del organista de la catedral, acompañará el solemne bajo atenerado, y en vez del águila de madera del fascistol, un pájaro vivo cubierto de ojos y de alas, tal como los que se ven girar con rapidez en el cielo de la visión Apocalíptica, sostendrá delante de ti sobre sus alas desplegadas, el libro del canto llano celeste!

Mas volvamos a la muerte de Holbein. Vé allí un predicador en el púlpito; predica quizá sobre la muerte y debe creerse muy elocuente, porque su auditorio conmovido cae de rodillas y se golpea fervorosamente el pecho. No advierte que detrás de él, ha subido un predicador descarnado, que remeda sus gestos, repite burlescamente sus actitudes, y al mismo tiempo que ejecuta su espantosa parodia, le arrebatada su estola, su alzacuello, su bonete, y solo le deja su sobrepelliz, para que le pueda servir de sudario.

El que sigue es también un sacerdote. Ha sido despertado durante la noche para llevar el viático a un moribundo. La muerte, disfrazada de monacillo, le precede, llevando en una mano la campanilla y en la otra la linterna; ha tomado la fisonomía beata y santurrón de un mayordomo de cofradía. ¡Oh sacerdote! ¿No oyes el retintín de la campanilla cambiarse en fúnebre doble bajo la sacudida de esta mano terrible? ¿De rodillas! Abre tu sagrado copón, saca la hostia del último viático, y comúlgate a ti mismo! Tu te adelantarás al agonizante que te espera y que se inquieta de no verte llegar!

El hermano limosnero entra en el convento con las alforjas repletas, y el cepillo de las ánimas lleno; la muerte, que tiene el derecho del diezmo aun sobre los mismos monjes, lo detiene al paso por la punta de su capucha, y se lleva al limosnero y la limosna: después huela aquí que llama a la puerta del médico. Estos son antiguos conocimientos, así, entra en su morada con el aplomo familiar de una Laís en casa de su proveedor. Del gabinete del médico va al estudio del astrólogo. El Nostradamus, vestido con la hopalanda doctoral, con un gorro de armiño encasquetado hasta las cejas, está sentado delante de su mesa cargada de compases, de alambiques, de semicírculos, de manuscritos, y de todo el mobiliario de Fausto. Es de noche: su ventana se halla entreabierta, sus miradas se trasladan desde las estrellas del cielo a las estrellas pintadas sobre una esfera planetaria que gira lentamente bajo sus manos; confrontación misteriosa y eterna que hace desde Zoroastro blanquear las barbas y las cejas de los magos. Entre tanto, la muerte, que había ya entrado fortivamente en su laboratorio, hace girar ante sí entre sus dedos otra esfera de muy diverso modo cabalístico y misteriosa: es su cabeza. Vamos, hombre pensador, cierra tu ventana y levántate; es preciso partir para el negro país que no tiene sol, ni luna, ni constelaciones!

La muerte se halla dispuesta a visitar los voluntarios eremitas de la ciencia ó del vicio. Después del astrólogo, el avaro; el avaro está en su estrecho escondite tan solo de él conocido. Es una celda negra como una cueva; pero deslumbrante como una mina. Montones espléndidos de piastras y de sequies, cubren su mesa; sacos abiertos de escudos brillan con su rojiza y metálica luz en los rincones sombríos de aquel antro de la codicia; los platillos de cobre de las balanzas, cedidos bajo el peso de los diamantes y las piedras preciosas. Sin embargo, ¡quién anda por allí! El no está solo. ¿Cómo ha podido penetrar ningún intruso? El aposento está cerrado y asegurado como el arca en que guarda su tesoro; un bosque de barras aceradas a prueba de lima, guarda la lumbrera. ¿Quién, pues, ha podido forzar la entrada de la caverna del basilisco? ¡La muerte! Podría decirse que un compañero. Ella empieza una pantomima en que torna al avaro por modelo: las cavidades de su cráneo remedan las miradas sospechosas y torbas de sus ojos, una barbilla puntiaguda como la de un usure-

ro judío, se eriza en el extremo inferior de su rostro. Ella vacía a puñados cajones, estuches, guardajoyas, gavetas, no le dejará mas que el lienzo de su último saco para que le sirva de mortaja.

Un navío de tres puentes zarpa de la costa, el cielo está puro, la mar duerme como un niño en la lactancia, el piloto es hábil, los marineros maniobran mejor que si fueran tritones. ¿Qué hay que temer? No se estaría con mas seguridad en el arca de Noé. Esperemos: la muerte se ha embarcado con ellos, se halla escondida en el fondo de la bodega, y ya en alta mar, héla allí que sale, arranca de raíz el palo mayor que tiembla a su impulso como un junco, desgarras las velas, corta los cabos, y hace zozobrar el buque que se sumerge y abisma bajo su pie descarnado, mas pesado que la columna de una tromba marina.

Vuelve después a tierra para invitar a su baile a un danzador mas orgulloso y adusto que el papa y el emperador. Es un hidalguillo montañés, de exajerada cimera, de arrogantes lambrequines, de espada enorme, armado como un arquero y empenachado como un caballo de batalla. Su *burgo*, flanqueado de torres con campanas y esquilonas, descuellos a lo lejos en la llanura. Que el buen hidalgo se consuele; morirá con toda la gloria heráldica de su raza, porque la muerte lo apedrea con su escudo de armas.

La cortesana se halla en su tocador: su doncella introduce el peine de oro en sus cabellos; adorna sus redondos brazos con brazaletes de perlas, sus orejas con sus mejores diamantes, sus dedos con anillos estrechados; la reviste y arma, en una palabra, con toda la panoplia voluptuosa del amor. Te falta empero el último adorno, ¡oh virgen local! es el collar de huesos que sin sentir te pasa la muerte al cuello por detrás.

Y vosotros, recién casados, que salís de la iglesia, vuestra noche de boda será larga! Mirad: vuestro pie tropieza contra el lecho nupcial que os ha sido preparado; algunas tablas en forma de caja, como dice Burgher. Oid a la muerte que se acompaña con el tamboril y os canta el *de profundis* por epitalamio.

Hasta aquí hemos visto siempre la muerte execranda, feroz, implacable, la muerte obligada a llevar a su danza sus convidados como una presa. Vamos ahora a hallarla dulce, amable, compasiva y esperada.

Un pobre mensajero va a la ciudad, encorvado bajo el peso que conduce, como una Caríatide; ni una piedra de término donde ponerlo para descansar, ni Cirineo que le alivie un momento conduciendo la cruz que lacera sus espaldas. Pero me engaño, allí está la muerte: ella desata dulcemente las duras correas de su carga pesada, y le dirige este tierno y misericordioso llamamiento:

Ven acá, marcha en pos mía
tú que te ves fatigado,
y ese peso que te agobia
yo te ayudaré a llevarlo.

Porque amarga y maliciosa para los ricos y felices, es dulce y buena para los pobres y afligidos, y es la que solo da a los inconsolables el lenitivo de su consuelo. Ved aun: un anciano labrador conduce su arado tirado por dos flacos bueyes. La yunta estenuada soporta en el árido surco. La muerte, en forma de gañan, la agujonea con un látigo. Pero ¿qué le importa al encañecido siervo del enfundado terreno? Hace sesenta años que sufre el peso y el calor del día; no pide mas que un lecho cavado en esta tierra que le ha sido tan dura e ingrata, para dormir con ese sueño del que no se despierta, y que tan bien ha sabido ganar. Así, pues, creed que resuena dulcemente en sus oídos esta melancólica sentencia de la muerte.

Con el sudor de tu rostro
ganaste tu pobre vida;
vé la muerte que te llama
después de tantas fatigas.

Existe todavía en el mundo algun ser que no rechaza a la muerte. Holbein lo ha olvidado, pero nosotros lo hallamos en una de las *danzas Macabras*, que la prensa en su infancia estampó en número tan considerable: es el bufón. La muerte le ha robado todo su loco y fantástico adorno, le ha cojido su gorro y su muñeca rodeada de cascabeles, y héla allí que remeda sus piruetas de volatin y sus extravagantes reverencias. El gracioso se mofa del clown descarnado, y le vuelve, riéndose a carcajadas, mueca por mueca y zancadilla por zancadilla; después lo coge del brazo y se lo lleva dando brincos y saltos. ¿Y a él que le importa? ¿No tiene por oficio el reír y escitar la risa? ¿No ha empleado toda su vida en aturdir su inteligencia, cuando ha querido pensar, con el ruido de su sonaja? Muerto ó vivo, nadie le toma por lo serio; y si algun día encuentra Hamlet en el cementerio su calavera desenterrada, la tomará entre sus manos como lo haría con cualquiera máscara antigua ya fuera de uso, y aun le serviría de tema a sus burlescas y chistosas paradojas.

Sin embargo, hasta con el pobre suele también la muerte irritarse y volver a tomar sus instintos feroces. Pasa un carretero por un camino desierto conduciendo al pueblo un carro cargado de barriles de vino. La muerte sale bruscamente de la espesura, rompe el eje y la lanza, desencaja las ruedas, derriba los caballos, trepa sobre un tonel, lo desfonda, y chupa por una canilla el vino que contiene, con el ardor desenfrenado y brutal de un bebedor en una orgía.

—Deja ahí tu carga, carretero, y huye. ¡La horra-

chera de la muerte, debe ser una cosa muy terrible!

¡Ciérrase el baile con el soldado y el niño. El soldado se revela osadamente; es un capitán, un *spaventato*, un Fierabras: está armado de pies a cabeza y esgrimiendo su pesada espada de dos manos; se las tendrá valientemente con aquel esqueleto endeble y sin resistencia. La muerte no opone a su Durandal, mas que una osamenta larga y nudosa. ¡Ríndete al flaco espadachín, pobre fanfarrón! Aun cuando fueses un diestro ó un maestro de armas, no hay sino quedar vencido en duelo tan desigual; y ese hueso descarnado de que te burlas, romperá al primer choque tu espada, aun cuando la hubiese forjado el mismo Alfonso de Sagou, el famoso armero toledano. En cuanto al niño, el pobre ángel se vá llorando y llamando a su desconsolada madre que queda entregada al mas amargo dolor. ¡O muerte! dice a este propósito una antigua cuarteta alemana con un candor divino a la par que doloroso; ¡o muerte! ¿cómo ha de ser esto? ¡tú quieres que yo dance, y no puedo andar todavía!

Así se cierra la fúnebre revista. No le queda mas que hacer como Klauber, que se ha representado a sí mismo en el cementerio de Bâle, y a quien se acerca la muerte en el momento en que termina el fresco que ella le encomendó y yendo a unirse a la danza que ha pintado. Hans Hugo Klauber, le dice, deja tu pincel:

Hans Hug Klauber lass mohlén stohn.

Tal es en su mas magistral espresion, esta concepción sombría que ya sea fresco, ya libro, fué, puede decirse así, el museo favorito y el libro familiar de la edad media. En esta terrible y memorable época de que hemos hablado al principio, especie de noche del Exodo, en que el ángel exterminador pasaba y repasaba tocando cada casa con su espada, la muerte tuvo realmente entonces y como un efecto natural, su periodo de encarnación. Todos los espíritus la meditaron, todas las almas se dejaron poseer de su idea; fué un delirio, un fanatismo, una moda. Poetas, pintores, arquitectos, todos la celebraron a competencia. El mundo agonizante creyendo verla llegar a cada momento, se ocupó de ella con una ansiedad curiosa y llena de dolor, como se piensa en una querida en la espera de la hora de la cita; y aun después de haber pasado la crisis, quedo siempre en contemplación ante esta danza funeraria que habia soñado, a la manera de un convaleciente a quien no abandona la pesadilla de una fiebre ya curada. El pueblo sobre todo persistió en adoptarla. Para él no habia nada terrible ni espantoso, y la muerte sola, haciendo girar en su rueda a los papas, los emperadores y los reyes, mezclados con los villanos, los siervos y los labradores, le predicaba ese grande y consolador dogma de la fraternidad humana, que no comienza mas que en la puerta del cementerio, y que nada lo recuerda en otra parte.

Este libro de la danza Macabra está ya sellado para siempre y ningún poeta, ningún pintor, volverá a añadirle sus páginas. En el día pensamos poco en la muerte, porque somos incrédulos, ó porque olvidamos que la muerte es una cuenta que hay que satisfacer: ha vuelto a ser para nosotros lo que era en los días antiguos, una idea, un ser filosófico. Hace ya algunos años, Mr. Grandville, publicó una colección de dibujos titulada *Viage para la eternidad*; esta es la danza Macabra, hecha de nuevo y rejuvenecida: la muerte, disfrazada de groon, de abogado, de farmacéutico ó de guardia nacional, retorna después de quinientos años a invitar a los hombres del siglo XIX, al lúgubre baile de 1450. Pero en vano se cansa el artista; su inteligente lapicero brota el escepticismo y la ironía. Este esqueleto voltairiano, a quien con tanto manto hace gesticular burlescamente, no sale del cementerio, es una quimera, una caricatura en que no cree el mismo pintor. En una palabra, perdónenos esta espresion, Mr. Grandville, ha hecho una *carga* de la muerte. Así, en la última página de este libro que tres siglos han hojeado con terror, que las manos no abrian sino temblando, a cuya lectura palidecian las frentes, no hemos encontrado otra cosa mejor que poner una carga de artista, que un capricho charivarico.

¡Estrano tiempo es este por cierto, en que la poesía y el pensamiento han muerto para la misma muerte!

PAUL DE SAINT-VICTOR.

LAS SUBLEVACIONES DE BOUNTY.

ISLA DE PITCAIRN.

I.

LAS SUBLEVACIONES DE BOUNTY.

El hecho histórico del cual vamos a dar cuenta a nuestros lectores, nos ha parecido que ofrece una nueva prueba de la justicia retributiva que existe hasta en la parte retirada de ese mundo. Las circunstancias que han acompañado al descubrimiento de los náuticos retirados hace veinte años en la isla de Pitcairn, nos parecen un ejemplo enérgico del castigo que tarde ó temprano alcanzan los criminales.

El gobernador inglés, queriendo introducir la cultura del árbol del pan en las islas de las Indias Occidentales, dió órdenes al capitán Bligh, comandante de

Bounty, para que partiese á Otahiti, y tomase allí una provision suficiente de plantas, debiendo enviar á Inglaterra una parte de ella. La tripulacion se componia de cuarenta y cuatro marineros y un jardinero, que llegó á su destino el mes de octubre de 1788. Seis meses echaron en recolectar las plantas, y durante este tiempo, estuvieron en relaciones continuas con los habitantes del pais. Se dieron á la vela en abril de 1789.

El capitan no vivia en buena inteligencia con la gente que mandaba, y los marineros por su parte, es

wood, Joung y Steward, voluntarios; el maestro de armas, diez y seis marineros, tres obreros, y el jardinero, que componian un total de veinte y cinco individuos.

Estos sublevados llegaron á Otahiti el 6 de junio despues de haber elegido por gefe á Cristian, el cual los condujo primero á Troborac, pero encontrando esta isla desprovista de animales, regresaron á Otahiti, y persuadió á los insulares que obraba segun las órdenes del capitan Cook, y obtuvo por este medio todos

tatura, una fisonomia franca y simpática, espresiva, cabellos negros muy espesos y la tez morena; su único adorno era un pedazo de tela sujeto por la cintura, y un sombrero de paja adornado de plumas negras. Su compañero tenia diez y ocho años, y era el hijo de Young.

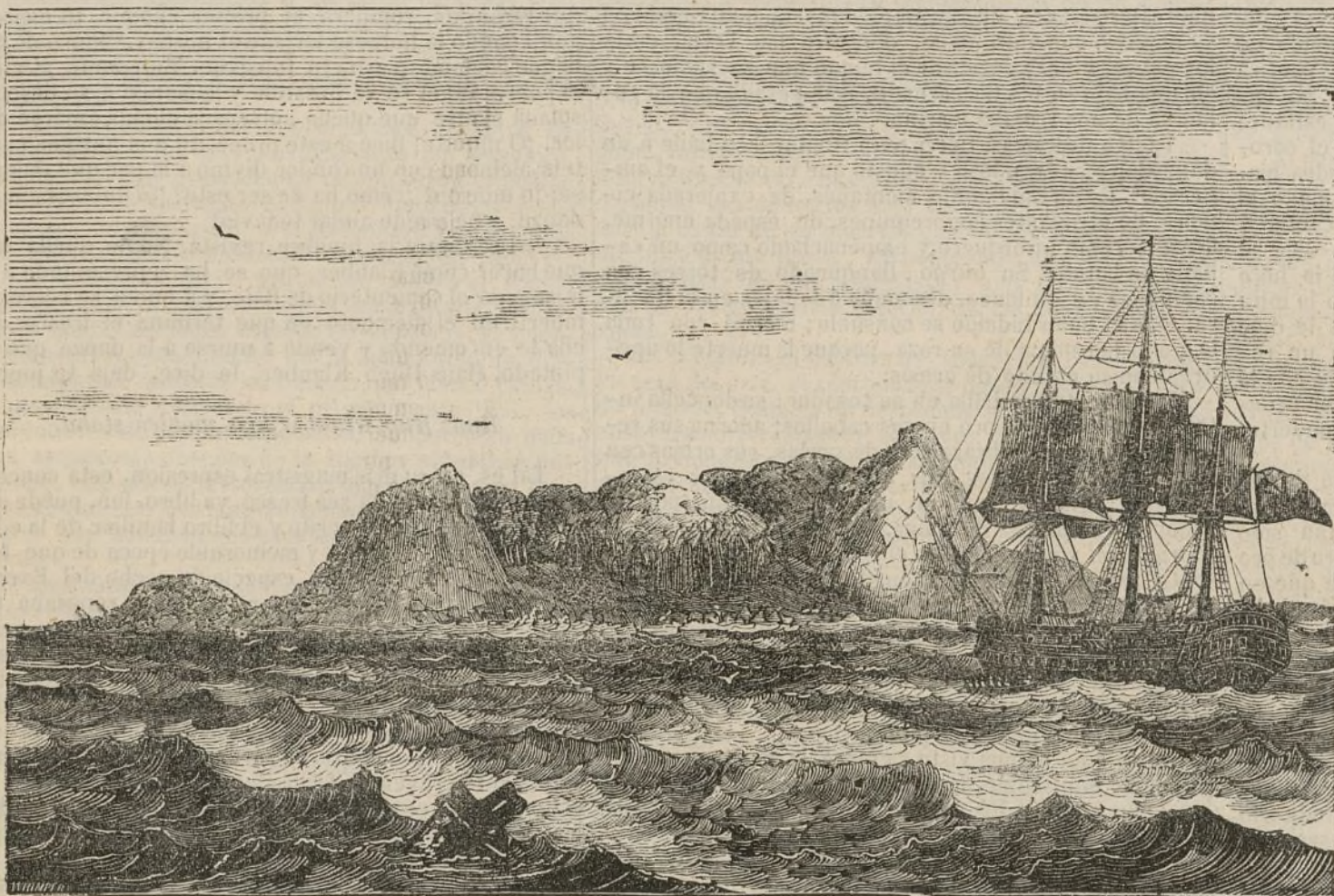
El capitan les rogó que se sentáran, y que aceptasen algun refrigerio, y se acrecentó el interés viendo al jóven Cristian levantarse, y juntando las manos, pronunciar con acento grave estas palabras: «Pueda el Señor hacernos verdaderamente reconocidos por lo que vamos á recibir.» Se supo por ellos, que Adams era el único de los sublevados que vivia aun; el capitan quiso entonces acompañarlos á la costa, donde le encontraron con su muger que era anciana y ciega; asustado primero al verse en la presencia de un compatriota, su alegría fué estrema cuando estuvo seguro de que las intenciones del capitan eran enteramente pacíficas.

Mas tarde, en 1823, el capitan Becher visitó la isla; y á éste refirió Adams lo que acabamos de consignar. Parece que al dejar á Otahiti, Cristian formó el proyecto de establecerse en Pitcairn á donde llegó á los pocos dias, y encontrando en la isla leña y agua, algunos frutos y medios naturales de defensa, sacó de la embarcacion todo cuanto pudiera serle útil, y le prendió fuego para evitar toda clase de descubrimiento. Se escogió un terreno para formar la aldea y la isla se dividió en porciones iguales entre los blancos, excluyendo á los otahitianos que de amigos llegaron á ser bien pronto esclavos.

Cercados de todo lo necesario y hasta de una grande parte de objetos que constituyen la comodidad de la vida, se encontraron mas felices que lo que hubieran podido imaginarse. Los años trascurrieron de esta manera, cuando uno de los ingleses, llamado William, perdió á su esposa y exigió que le dieran otra; adjudicáronle la de un negro. Disgustados con esta nueva injusticia los insulares formaron el proyecto de asesinar á todos los blancos; mas habiendo tenido la imprudencia de confiar el secreto á sus mugeres, estas le revelaron á los ingleses por medio de una cancion donde

estaban estas palabras. «Para qué el hombre negro afila su hacha? Para matar al hombre blanco.» Descubierta el complot, dos de los culpables buyeron á los bosques, y los otros obtuvieron el perdon prometiendo dar la muerte á los dos fugitivos, que fueron efectivamente muertos el uno por su sobrino y el otro por aquellos á quienes miraba como amigos y que ademas fueron auxiliados para este horrible propósito por su propia muger.

La tranquilidad fué solamente transitoria; los ingleses se perdieron por injustas vejaciones, y fueron



Isla de Pitcairn vista desde la costa del mar.

cierto que no tenían motivos de queja, y no pensaban de ninguna manera en separarse de su deber; pero los oficiales estaban con justicia descontentos, sobre todo el maestro, y Cristian el contra maestro.

El día que precedió á la sublevacion, apareció una querella muy significativa entre el capitan y los oficiales, que tenia por objeto la pérdida de algunas nueces de coco que pertenecian al capitan; las marcadas frases de su desagrado, recayeron especialmente sobre el contra maestro; pero le convidó, no obstante, á cenar aquella misma noche, y éste rehusó la invitacion: era el 28 de abril, y el bagel pasaba por las inmediaciones de Tofoa, una de las islas de los Amigos, en una de aquellas noches tan risueñas y tan calmosas que caracterizan las regiones del trópico. Cristian, profundamente ofendido sin poder pedir razones, tomó la resolucion de sustraerse á nuevas injurias, y se ofreció á su mente un plan extraordinario que parecia favorecer la serenidad del aire y la posicion del buque; este proyecto le puso instantáneamente en ejecucion. Se construyó al momento una balsa, y se reunieron en ella todos los objetos mas indispensables, y ya se disponia á lanzarla al mar, cuando un jóven oficial, á quien habia confiado su proyecto, le aconsejó que procurara apoderarse del buque mas bien que arriesgar su vida en una empresa tan temeraria, añadiendo que la tripulacion, poco adherida al capitan, se decidiria sin trabajo á pasar á vivir con sus amigos de Otahiti. Semillante opinion armonizaba perfectamente con las disposiciones de Cristian para que fuese rechazada, y la acogió con presteza. decidido si fracasaba, á lanzarse al mar, y no queriendo arriesgar en este caso los cambios de ser salvado, tuvo hasta la precaucion de atarse al cuello el gran plomo de la sonda, que ocultó debajo de su ropa.

Cristian estaba encargado del primer cuarto vigilante, y le empleó tan bien, que antes que amaneciera ya habia ganado á la mayor parte de los marineros. Uno de ellos, llamado Adams, del cual volveremos á hablar en lo sucesivo, estaba todavia acostado, cuando le fueron á decir lo que se preparaba; subió al instante sobre cubierta, donde estaba todo en el mayor desorden, y se mantuvo no obstante imparcial hasta el momento en que vió á Cristian distribuir armas á todos los de su partido; entonces no titubeó y se unió á los demas. En tanto que los unos se aseguraban de los oficiales, los otros se apoderaron del capitan, que le cogieron en su camarote y le condujeron con las manos atadas sobre el puente; sus reconvencciones, acompañadas de ruegos, no recibieron mas respuesta que la de los ultrajes, y últimamente le obligaron á bajar á la barca, donde le siguieron diez y nueve hombres. Los mosquetes que estos pedian con instancia les fueron negados, y no obtuvieron mas que algunos machetes. Se hallaban entonces á diez leguas de Tofoa, y la barca se lanzó al mar, y el Bounty hizo vela hácia Otahiti, en medio de los gritos de alegría de la tripulacion, que estaba reducida á Cristian, el contra maestro Hey-

wood, Joung y Steward, voluntarios; el maestro de armas, diez y seis marineros, tres obreros, y el jardinero, que componian un total de veinte y cinco individuos. Estos sublevados llegaron á Otahiti el 6 de junio despues de haber elegido por gefe á Cristian, el cual los condujo primero á Troborac, pero encontrando esta isla desprovista de animales, regresaron á Otahiti, y persuadió á los insulares que obraba segun las órdenes del capitan Cook, y obtuvo por este medio todos

los auxilios que le fueron necesarios, y una gran cantidad de gatos, de perros y de aves. Ademas once mugeres y trece hombres se ocultaron en su buque; pero cuando llegaron á Troborac los salvajes se opusieron al desembarque, y la mayoría decidió que era menester volver á Otahiti y fijar allí la residencia. El Bounty se dirigió por la tercera vez á este punto, y echó el ancla en la bahía de Matavai, el 20 de setiembre de 1789: diez y seis hombres de la tripulacion desembarcaron con lo que les pertenecia. «El resto, dice la relacion publicada en este tiempo, habiendo recibido á bordo un refuerzo de treinta y cinco personas, tanto hombres como mugeres y niños, se dió á la vela durante la noche, sin que se tuviese despues ninguna nueva de su derrotero.»

El capitan Bligh, despues de haber escapado de una infinidad de peligros y atravesado mares inmensos sin encontrar siquiera un puerto, llegó por fin á la isla de Timor el 14 de junio. Recibido con estrema benevolencia por el gobernador holandés, pasó mas allá de Batavia, donde se embarcó en un buque pequeño que le condujo á Inglaterra.

Desde que la autoridad tuvo conocimiento de este deplorable asunto, la fragata Pandora, fué enviada á Otahiti para asegurarse de los sublevados y llevarlos al buque: llegó á la isla el 27 de marzo de 1791, y cogió á los catorce rebeldes que se habian establecido allí; dos de ellos habian sido muertos por los insulares. La Pandora naufragó en su regreso á Europa, y cuatro de los prisioneros se ahogaron, y de los diez que volvieron á su patria, cuatro fueron deportados á Greenwich, uno puesto en libertad, y los otros cinco condenados á muerte; pero dos de estos recibieron el perdon, y solamente tres fueron ejecutados en Spithead.

Nada mas se supo por espacio de veinte años, y se creia generalmente que el Bounty habia perecido con sus pasajeros en medio de los escollos que rodeaban las islas del mar Pacifico. Por los años de 1810 se propagaron algunos rumores, de que un bagel americano habia descubierto el retiro de la banda de Cristian; pero nada se confirmó, y solo á los tres años sir Tomas Slaines, comandante del Briton, yendo hácia las islas Marquesas en Valparaiso, observó la isla Pitcairn y echó el ancla á cierta distancia con el objeto de reconocer si estaba habitada; se admiró al distinguir en este parage plantaciones cultivadas por la mano del hombre, y chozas ó hutas que parecian mejor construidas que las que se ven ordinariamente entre aquellos salvajes; su sorpresa se duplicó cuando vió que dos hombres se aproximaron á su canoa, y pidieron en buen inglés que les echasen la cuerda. No bien estuvieron sobre el puente se aclaró el misterio; el uno de ellos era el hijo de Cristian; bello jóven de veinte y cinco años, con seis pies de es-



Cristian.

asesinados á escepcion de cuatro, Mac-lov, Quintal y Adams los cuales consiguieron salvarse en los bosques, y Young, á quien las mugeres pudieron ocultar el primer momento.

Al cabo de algunas horas Adams se determinó á venir en busca de algunas provisiones y fué apercibido por los negros que le tiraron muchos tiros y solo una

hala le hirió en un hombro. En seguida le ofrecieron la paz y le condujeron a la casa de Cristian donde le tributaron toda especie de cuidado. Mac-lo y Quintal no se atrevieron a dejar su retiro y vivieron en las montañas. Young fué al lado de Adams.

La buena armonía duró solamente una semana; al cabo de cuyo tiempo, un hombre de color entabló una discusión acerca de las mugeres cuyos maridos habían sido muertos, la que terminó por la muerte de uno de los negros y la fuga de otro que pasó a reunirse a los dos ingleses. Estos, alentados por este aumento de fuerzas, subieron a la cima de la montaña, é hicieron una descarga que asustó de tal manera a los habitantes de la aldea que enviaron a Adams un embajador

compañeros. Rehusado por ellos, formó el proyecto de asesinarlos, y como la primer tentativa le saliera mal, juró que no sería la última. Adams y Young comprendieron entonces que era necesario optar entre su existencia y la suya: para semejantes hombres la elección no era dudosa y le mataron a hachazos.

En fin; de los diez y seis ingleses desembarcados en la isla solamente dos existían. Las escenas de que habían sido testigos y hasta entonces, produjeron sobre ellos una fuerte impresión. Desde la muerte de Cristian el oficio del domingo se había leído regularmente, y poco a poco fueron añadiendo a él otros deberes religiosos, y se esforzaron cuanto les fué posible inspirar a sus hijos y a las mugeres que los rodeaban algunos



Villa de Pitcairn.

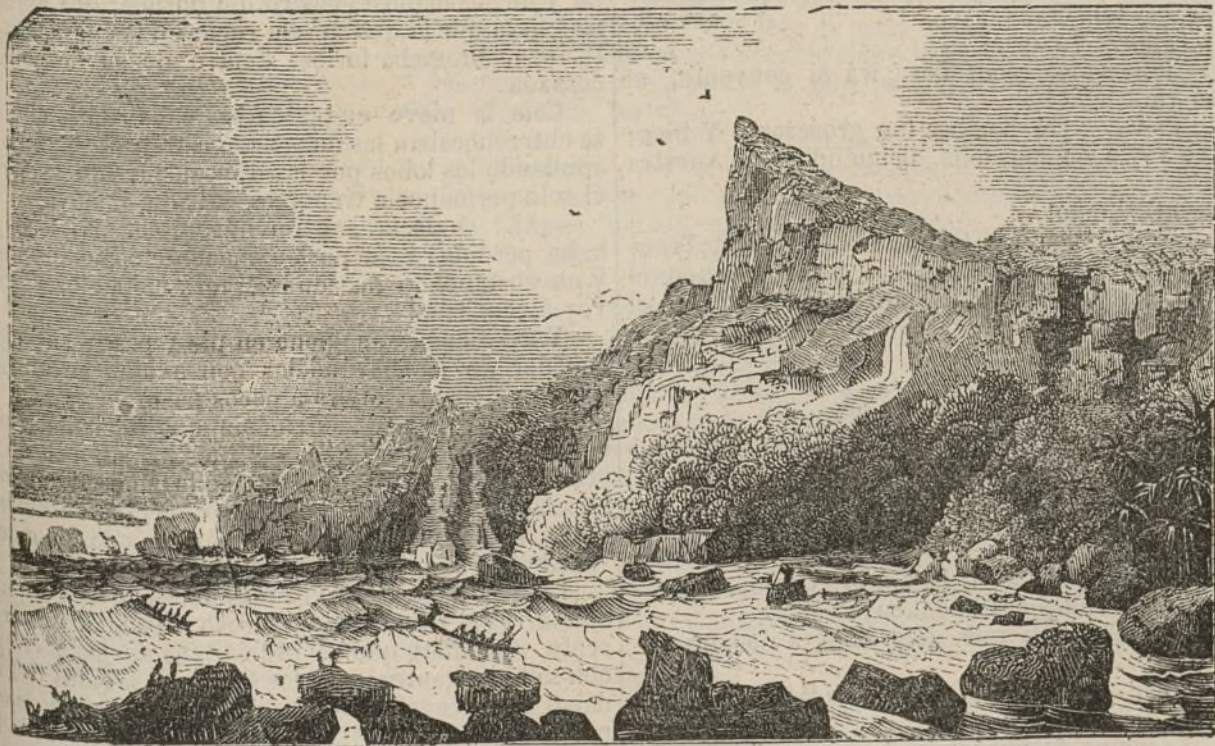
proponiéndole la vuelta a condición de que matasen al negro que estaba con ellos. La buena fé era tan estraña, que no titubearon en sacrificarle, declarando al mismo tiempo que no abandonarían su asilo, mientras que los dos otahitianos que existían todavía, no hubieran experimentado la misma suerte. Estos desgraciados insulares no vivieron mucho tiempo: el uno fué muerto por la muger de uno de los blancos que quiso vengar a su primer marido, y el otro acto continuó por Young.

De suerte que el 3 de octubre de 1793, no quedaban en la isla mas que Adams, Young, Mac-lo y Quintal con diez mugeres y algunos niños. Vivieron juntos, ocupándose en construirse habitaciones, y en plantar y cultivar el terreno que los rodeaba. Las mugeres, maltratadas por Mac-lo y Quintal, que eran de un carácter brutal, formaron varias veces complots que fueron descubiertos; las perdonaron; pero como su

sentimientos de piedad. La instrucción de Young era un gran socorro para esta piadosa empresa, pero no sobrevivió mas que un año a Quintal, y Adams se encontró solo. Resignado a su suerte no se ocupó en otra cosa que en hacer penetrar en su pequeña colonia algunas nociones del cristianismo. Tuvo la suerte de obtener buen éxito, de lo cual hemos visto una prueba en la entrevista del hijo de Cristian con los capitanes ingleses que han suministrado estos detalles.

Existe en París un negociante, antiguo capitán de navio que estaba en las islas del Océano pacífico en la época en que Adams fué descubierto: tiene un perfecto conocimiento de todas las circunstancias que acabamos de referir, y asegura que las notas publicadas en Londres, en un tomo que hemos tenido presente tenían la mas grande exactitud.

En las islas de la Polinesia, la aventura del Bounty está todavía palpitante, y es en las islas Marianas, en



Bahía de Bounty en la isla de Pitcairn.

número era superior al de los hombres estos vivían en un temor perpetuo. Muchos años transcurrieron sin que tuviese ocasión ningun suceso notable; Mac-lo, que en su juventud había estado empleado en un destilador de Escocia, hizo en 1798 un experimento sobre las raíces del árbol del pan que le salió muy bien: el éxito que obtuvo animó a Quintal, quien convirtió su perol en alambique, de lo cual resultaron frecuentes excesos de bebidas que condujeron a Mac-lo al mas espantoso acceso de locura, y en uno de ellos sucumbió.

Por los años de 1799 Quintal perdió a su muger a consecuencia de una caída, y la experiencia de lo pasado no le impidió querer reemplazarla con una de sus

las islas de los Amigos, en Otahiti, en las Filipinas, y en Timor el objeto frecuente é interesante de las mas curiosas conversaciones.



LA VEJEZ DE RICHELIEU.

Drama en cinco actos

POR LOS SEÑORES OCTAVIO FEUILLET Y PABLO BOCAGE.

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

ACTO QUINTO.

Jardin en el palacio de Richelieu.—Arboles, estatuas.—A la izquierda un pabellón a cuya puerta se sube por una escalera de cinco ó seis gradas.—Es de noche.

ESCENA I.

CHATEAU Y FLORINDA en el fondo derecha. Florinda conduce con mucho misterio a Chateau por la mano.

CHAT. (Aparte.) ¡Su mano tiembla! ¡tanto misterio!... su emoción... ¡qué rayo de esperanza!...

FLOR. Si hay en vuestras protestas algo de verdad, ha llegado ya el momento de probármela.

CHAT. ¡Cómo! hablad, señorita, hablad.

FLOR. Una sola palabra os pondrá al corriente de todo. Monsieur de Fronsac no ha querido batirse con el señor Renato, y el mariscal va a ocupar su lugar.

CHAT. Reconozco su carácter... En ese caso, señorita Florinda, ese pobre joven puede contarse entre los muertos... pero al menos, su fin será glorioso.

FLOR. ¡Callad por Dios! vos no sabeis cuán horrible es la idea de ese duelo. Caballero, es preciso lo impidais a todo trance.

CHAT. ¿Tanto os interesa la vida de ese joven?

FLOR. No me preguntéis mas, os lo suplico: sabed tan solo, que en el interés que manifiesto por ese joven, no hay nada que deba alarmaros; pero sabed, también, que mi existencia, la de otra persona que respetais, y la de la señora canonesa peligran si se verifica ese duelo.

CHAT. ¡Cómo! ¿la señora canonesa?

FLOR. Por favor, no me preguntéis mas... escuchadme. La señora canonesa se halla en su carruaje a la puerta de este palacio: ha sabido esa noticia fatal y quería venir conmigo a echarse a los pies del mariscal é impedir el lance a toda costa. Pero se habían dado ya órdenes terminantes para impedir la entrada... Imposible de hacer pasar el menor aviso... lágrimas... ruegos... nada ha podido vencer esa consigna.

CHAT. Pero si se han de batir, es preciso que salgan.

FLOR. Por eso hemos resuelto quedarnos hasta mañana esperando a la puerta. Podrían, sin embargo, salir por el jardín, ó por este pabellón; pero felizmente conservo la llave.

CHAT. Y queréis que vigile...

FLOR. Os lo ruego... Si veis al señor Renato, procurad conducirlo hasta nosotras, ó al menos, prevenirnos... ¿me lo prometéis?

CHAT. Os lo juro, encantadora señorita... pero dignaos explicarme...

FLOR. No puedo... os repito solamente que este duelo sería un crimen y cuya víctima no sería solo Renato pues acabaría al mismo tiempo con mi vida y la de la señora canonesa; y si no os interesan bastante, también con la de vuestra sobrina.

CHAT. ¿De mi sobrina?... ¿Cómo y por qué motivo?

FLOR. No puedo deciros mas... pero a mi me perderiais para siempre.

CHAT. ¡Dios mío!

FLOR. Por ella, por mí, y aun por vos mismo, vedad... voy a reunirme con ella... adios. (Se aleja por el fondo izquierda.)

CHAT. Pero señorita...

ESCENA II.

CHATEAU, RENATO.

CHAT. (Solo.) ¡Mi sobrina!... ¿cómo diablos se halla metida en todo esto? ¡mi sobrina que duerme pacíficamente a estas horas en la ermita del arsenal!... ¡mi cabeza se pierde!... ¡Pero alguien viene! ¡es él!... (Se dirige hacia el fondo y llama.) Aquí le teneis, señorita.

REN. (Saliendo del pabellón.) Silencio, caballero; ¿qué haceis ahí?

CHAT. Os esperaba... señorita... (Aparte.) ¡no me oye!...

REN. ¡Silencio! ¿a quién llamais?

CHAT. A la señorita Florinda que está en la puerta con la señora canonesa... vamos, seguidme.

REN. Dejadme... el servicio del señor mariscal no me permite alejarme de aquí.

CHAT. ¡El servicio del mariscal! ¿creeis que ignoro que es lo que os trae aquí?

REN. Si lo sabeis, caballero, también debéis saber que deseo estar solo.

CHAT. ¡Pero ese duelo no puede verificarse; sería un crimen!

REN. ¡Un crimen!

CHAT. Si; un crimen que os perderia a vos, a ella, a mi sobrina y a mi mismo... ¿por qué?... lo ignoro... pero ella os lo explicará... venid.

REN. Es inútil ese pretexto... retiraos. Vuestra presencia aquí está de mas.

CHAT. Cumpro con mi juramento, caballero; si os negais á seguirme voy por ellas y os las traigo aquí.

REN. A mi vez os suplico, caballero... no queráis deshonrarme.

CHAT. Os digo y os repito, joven inconsiderado, que he prometido y he jurado... y que sería responsable de todas las desgracias que pudieran sobrevenir; y así voy... ¡gran Dios!... ¡es el mariscal!...

(Se abre la puerta del pabellon y aparece el mariscal en la primera grada, precedido de dos lacayos con hachones encendidos, seguido de otros dos.)

ESCENA III.

RICHÉLIEU, RENATO, CHATEAU.

RICH. (Sério.) ¿Es el señor Chateau? me estraña en gran manera os hayais permitido entrar aquí sin mi permiso... (Baja la escalera, y se coloca en medio de la escena, quedando los lacayos sobre las gradas y Remigio en el fondo del teatro.)

CHAT. Dignaos perdonarme, señor mariscal...

RICH. Deseo estar solo y libre en mi casa...

CHAT. Me retiro, monseñor. (Aparte.) Corramos á advertirlas. (Remonta la escena para salir por la izquierda.)

REN. (Deteniendo á Chateau.) En nombre del cielo, monseñor, no permitais que salga... Hace poco me hablaba de dos personas... de dos mugeres que esperaban á la puerta... no permitais que las lleve la alarma y la desesperación.

RICH. ¿Dos mugeres?... lo comprendo todo... (A los lacayos.) Bajad y colocaos aquí. (Los coloca en el fondo.) Remigio, tú cierra la verja y no dejes entrar á nadie bajo ningún pretexto, ó te echo de mi casa. (Remigio se aleja por la izquierda.) En cuanto á vos, señor Chateau, vais á servirnos de testigo.

CHAT. (Aparte.) Yo que he jurado impedir á todo trance, este duelo. (A Richelieu.) No, monseñor: no exijais tal cosa de mí; no tengo ese valor.

RICH. (A los criados.) Alumbradnos. (Los criados se acercan.) Cuanto mejor nos veamos, mas pronto concluiremos.

CHAT. (Aparte.) ¡Concluiremos!... ¡ah, Dios mío!...

RICH. (Mirando hacia la izquierda.) Ya está cerrada la verja y podemos estar seguros que nadie nos estorbará. Aunque el mismo rey en persona llamase ahora á la puerta tendría que esperar que concluyéramos nuestro negocio... Señor Renato, podeis quitaros el vestido si os incomoda: yo tengo la costumbre de conservar el mío. (Se coloca á un lado, se quita el sombrero y lo arroja al suelo.) Tengo el honor de saludaros.

REN. (Imitándole.) Os agradezco el honor que me haceis, monseñor.

CHAT. (Aparte.) ¡Se lo agradece!

RICH. (A Renato.) ¿Estais dispuesto?

REN. Cuando gusteis, monseñor.

CHAT. (Acercándose á Renato.) Mirad que es vuestro bienhechor...

RICH. Silencio, señor Chateau: vos ignorais de lo que se trata... yo soy aquí el ofendido.

CHAT. Pero, monseñor... mirad que es un niño...

RICH. El que recompensa un servicio con un ultrajante desmentis, no es un niño; sino un hombre y un ingrato.

REN. Prometedme, monseñor, que me tratareis como hombre.

RICH. Sabed que nunca tomo una espada para enfrentarla; no creais, pues, que trataré de injuriaros: sois ahora mi enemigo y si nada me interesa vuestra vida, vuestro honor me es siempre sagrado... nada temais...

REN. Una palabra no mas, monseñor: heridme en el corazon si podeis, pero no en el semblante.

RICH. Como gusteis... (Aparte.) ¡Tiene alma este niño!...

REN. (Aparte.) ¡Oh espada querida, recibida de su mano! ¡defiéndete con valor!... (Se ponen en guardia.)

RICH. (Mientras se batien.) ¡No os metais tan á fondo!... ¡cuidado!... es igual... os defendeis bien... es verdad que teneis una linda espada en la mano... el puño me parece cincelado á la italiana...

REN. Observo, monseñor, que no cumplis vuestra promesa; no quereis herirme.

RICH. Nada de eso, y la prueba... á fondo iba... y si mi pie no hubiera resbalado... ¡Ah!... esto va haciéndose serio... ¿pero qué es lo que veo?... alumbradnos... (Los lacayos se adelantan.) ¿Qué espada es esa?... ¡tiene una cifra... una divisa... ¡cómo!... en nombre del cielo deteneos...

REN. Defendeos, señor duque. (Redoblan sus esfuerzos.)

RICH. (Con creciente energia.) ¿De dónde habeis sacado esa espada?... basta os digo... mostradme esa espada... deteneos...

REN. ¡No, no!...

RICH. Os lo mando... os lo ruego... ¿Con que no me la quereis enseñar? Pues bien... (Le desarma; Renato se queda confundido.) Chateau, dadme esa espada. (Chateau la recoge y la entrega á Richelieu.)

RICH. (Examinándola con emocion.) No me engañaba... es mi cifra... ¡esta divisa italiana!... ¿Dónde habeis comprado esa espada?

REN. No ha sido comprada, monseñor... Despues de haberme tan mal servido de ella, me avergüenzo al decir que ha sido un donativo de mi madre.

RICH. ¿De vuestra madre? (Aparte.) ¡de su madre! ¡era su madre!...

REN. No pudiendo darme el nombre de mi padre, me ha confiado, al menos, su espada... (Con dolor.) ¡Ay! era todavia superior á mis fuerzas! (Oculta el rostro entre sus manos.)

RICH. (Mirándole con interés.) ¡Pobre joven! cree que solo él es el vencido... (Alto.) ¡Id pronto, Mr. Chateau... id todos á abrir la puerta... decid á esas señoras que tengan la bondad de venir al momento...

CHAT. Voy corriendo, monseñor. (Sale por la izquierda precedido de dos lacayos.)

ESCENA IV.

RENATO Y RICHÉLIEU.

RICH. (Aparte.) Al menos este me consuela del otro. (Alto y presentándole la espada.) Recobrad vuestra herencia, Renato. (Este rehúsa.) Os habeis servido de ella digna y noblemente.

REN. No, monseñor, no; vuestra generosidad no debe alucinarme.

RICH. ¿No me creéis?... pues bien; me quedo con la espada que rehusais... (Saca su propia espada y la presenta á Renato, quedándose con la de éste) y os ruego acepteis la mia en cambio ¿me creéis ahora?

REN. (Conmovido.) ¡Oh monseñor!... os creo... os creo... dispensadme, monseñor... no puedo hablar...

RICH. No os pido tampoco que me habéis, Renato; solo os pido que segun la costumbre despues de batirse... vengais á abrazarme.

REN. (Besando la mano del duque) ¡Oh, monseñor!

RICH. (Estrechándole en sus brazos.) Mas cerca... junto á mí... que sienta palpar ese ardiente corazon, ya que teneis uno. (La canonesa aparece y los ve abrazados.)

ESCENA V.

RENATO, la CANONESA, RICHÉLIEU, y lacayos en el fondo, despues FLORINDA, MARIA y CHATEAU.

CANON. Gracias, ¡Dios mío! (Richelieu y Renato se dirigen á su encuentro.)

REN. (Besándole la mano.) ¡Madre mial!

RICH. (Besando la otra mano.) ¡Señora!... (Bajo.) ¿por qué no me lo dijistes antes?... Con que...

CANON. (Bajo.) Ya os dije... dejadme vuestra espada, monseñor... por si es un hijo.

RICH. Y ha sido un hijo, en efecto... (Pasando junto á Renato, y tocándole la espalda afectuosamente.) Gallardo joven, por vida mia... (A la canonesa.) Os felicito... (Poniendo el dedo en los labios.) ¡Chut!...

REN. (Aparte.) ¿Pero qué significa? (Chateau, Florinda y Maria salen del pabellon.)

MARIA. (Bajando acompañada de Florinda.) Por favor, tio mío...

CHAT. (Bajando detrás de ellas.) Silencio, señorita.

RICH. ¡Hola! aquí llega Chateau, tan sombrío como un dios inferior.

CHAT. No me negareis, monseñor, que el encuentro que acabo de tener en vuestro cuarto no es el mas á propósito para alegrar á un tio.

RICH. (Monstrándole á Renato.) Señor Chateau, aquí os presento á un coronel para quien pido la mano de vuestra sobrina.

REN. (Aparte.) Jamás.

CHAT. Imposible, monseñor, irá al convento, al convento irá.

RICH. ¡Psit!... ¡qué hombre tan grosero!... Y bien; me parece voy á ser mas feliz, dirigiéndome á vuestra esposa.

CHAT. ¿Qué oigo!...

RICH. (Bajo á Florinda tomándola la mano.) ¡Trescientas mil libras, querida! (Alto.) Señora, tengo el honor de pedir la mano de vuestra sobrina para el señor coronel.

FLOR. Permittedme.

CHAT. ¡Ella dudat!...

RICH. (Bajo.) Trescientas mil libras...

CANON. (Bajo á Florinda.) Te lo pido por favor... por él al menos.

FLOR. Monseñor, os concedo la mano de mi sobrina.

RICH. ¡Gracias!

CHAT. (Pasando junto á Florinda.) Cómo, señorita, os dignais aprobar esa boda, cuya llama...

FLOR. A condicion que dotaremos á nuestra sobrina.

CHAT. ¡Oh! de una lluvia de oro, mi Danae.

RICH. Y bien, Renato...

REN. Ya sabeis, monseñor, que es imposible...

MARIA. ¡Ah, Dios mío!

RICH. (Conduciéndole junto á la canonesa.) Y yo sé que es imposible el que se os conceda una muger indigna de vos. La señora canonesa os dirá la razon.

CANON. Pedidla perdon, Renato.

REN. (Pasando junto á Maria.) ¡Es posible mi querida Maria!... perdonadme. (La besa la mano y habla con ella hasta la conclusion del acto.)

CANON. (Sola con Richelieu, adelantándose.) ¿Os entristece, acaso, la vista de las dos personas que acabais de hacer felices, monseñor?

RICH. No señora... pero comparaba dentro de mí á mis dos hijos, y decia... este solo es mi hijo... el otro será tan solo... mi heredero, y veia que el que lleva mi nombre adquirirá mas honor que el que lleva

mi apellido y mis titulos. Pero, señora; vuestra mirada basta para disipar todas mis nubes, y ya no pienso sino en decir como mi régio compadre: «¡Qué importa! ¡despues de mi venga el diluvio!»

FIN DEL ACTO QUINTO Y ULTIMO.

UNA CARTA.

(Novela.)

CAPITULO III.

LUCHA A MUERTE.

Hacia algunas horas que el joven marchaba con paso acelerado, sin volver atrás la cabeza. Los senderos que seguia, cada vez eran mas tortuosos é intransitables; las cuestas y pendientes, mas escarpadas y pedregosas: éstas y aquellos exigian todo el vigor y destreza de un viagero acostumbrado á las montañas. A veces ni el ferrado baston le servia; necesitaba asegurarse con las manos en las hendiduras de las rocas, en las plantas silvestres, ó en las raíces de las encinas que encontraba á su alcance.

Pronto desaparecieron hasta las últimas huellas de vegetacion, y todo en aquella montaña, árida y salvaje, anunciaba que el imperio de las nieves iba á empezar. Impetuosas ráfagas se escapaban á intervalos del fondo de sus profundas quebradas y barrancos, y pasaban gimiendo como una plegaria funeral sobre la frente del audaz viagero, que oia tambien á lo lejos los ahullidos de los hambrientos lobos, mezclados con el sonoro estruendo de la tormenta. Piedras enormes y gruesos guijarros, rodaban de roca en roca hasta el fondo de algun abismo, impelidos, ora por el viento, ora por la fugitiva planta de los animales ó del hombre que en tan pavorosa noche se atrevia á hollar aquellas cimas venecandadas.

Ya la cumbre de la montaña desaparecia entre un pabellon de negras y apiñadas nubes, al resplandor de las centellas distinguíase apenas en lontananza la llanura como una inmensa carta geográfica, cubierta de viñedos, de rebaños, de casas aisladas y de riachuelos que corrian en diversas direcciones, describiendo irregulares curvas, á manera de fantásticas sierpes que los resplandores del cielo tornasolaban con rojas, verdes, negras ó azuladas tintas. De vez en cuando, condensadas masas de flotantes vapores se interponian entre los ojos del viagero y los objetos circunvecinos, ó bien se agarraban á los picos de las rocas, y oscilando sobre ellas, las cubrian de la frente al pie como un paño mortuorio.

Tras una marcha tan larga y penosa, el camino se fué empeorando en términos que nuestro misterioso personaje, vióse obligado á sentarse en un fragmento de roca para cobrar aliento.

Sentóse y dejó caer la cabeza entre sus manos, mas que abatido por el cansancio, postrado por la violencia de su dolor. Cualquiera al contemplarle en aquella actitud, hubiera creído que el sueño acababa de sorprenderle. Tal era la inmovilidad y la tension de su cuello y de sus manos: empero, no dormia; una tormenta mas fiera que la que airada rugia en las gargantas del Pirineo, bramaba furiosa dentro de su despedazado corazon.

Caia la nieve en tanto; bramaba sordo el viento; se entrechocaban las nubes con estrépito, continuaban ahullando los lobos por las fragosidades de la sierra, y él solo permanecia tranquilo, callado, inmóvil.

—¡Ah! se decia, soy un miserable. ¡Mi loco amor la ha perdido! Está pura é inocente como los ángeles y no obstante su marido la creará culpable. ¡Cármel, voy á vengarte!

Y así diciendo, se pone en pie y pasea sus ojos al rededor de sí, clavándolos con avidez en un hondo precipicio que se divisa á pocos pasos.

Largo tiempo trascurrió sin que adelantase ni retrocediese, parecia que sus pies habian echado raíces en la tierra. ¿Era temor aquello ó incertidumbre?... No: su espíritu, presa de mil sentimientos encontrados, temia agravar la situacion de Cármel con su muerte.

El viagero volvió á sentarse en la roca.

La noche era cada vez mas densa, y solo turbaban su aterrador silencio el fragoroso estruendo de un torrente inmediato que se precipitaba de peña en peña con saltos gigantescos y los lúgubres silbidos del vendabal que tronchaba las encinas seculares y esparcia por el aire sus despojos. La capa, el sombrero, la barba y los cabellos del joven estaban enteramente blancos: los copos de nieve eran cada vez mas espesos y abundantes.

De repente, agitado de un movimiento convulsivo, se levanta, corre al precipicio y se inclina para mirarlo mejor.

El cárdeno resplandor de una centella le muestra su espantosa profundidad; pero él en vez de asustarse, en vez de vacilar herido del vértigo que produce una vista semejante, halla una especie de voluptuosidad en examinarlo hasta en sus menores detalles. Así el enfermo se deleita en ver antes de una operacion dolorosa, los instrumentos que deben poner término á sus dolores.

Todo era horrible en aquel negro precipicio: una multitud de rocas aceradas y angulosas, amontonadas en desórden, yacian por todas partes, como arrancadas

de su base por algun terremoto y enclavadas en las pendientes del abismo; y este era tan perpendicular que, á menos de verificarse un milagro, el que cayese en él, no hubiera podido encontrar un punto de apoyo, viéndose obligado á rodar y rebotar de roca en roca hasta el fondo de una estrecha garganta, por donde desaparecia el torrente, cuyas aguas verdosas y espumantes iban á desembocar á un valle, á quinientos pasos de allí.

El jóven convencido de que no podia escoger un parage mejor para su objeto, retrocedió algunos pasos, y firme, seguro, imperturbable, se precipitó hacia el abismo con los ojos cerrados...

Uno de sus pies tocaba ya el borde... un segundo mas y no habia salvacion para él...

Pero al mismo tiempo una mano vigorosa le coge por el cuello de la levita, y le arrastra en pos de sí.

El jóven lanza un grito de sorpresa y vuelve el rostro azorado.

Aquella aparicion en un parage semejante, tenia algo de fantástico y misterioso, y en la exaltacion febril en que se encontraba el jóven, no sé que extrañas ideas exaltaron su espíritu. El no era cobarde ni supersticioso, y no obstante, creyó que algun ser maléfico, algun espíritu de la montaña venia á interponerse entre la muerte y él. Un sudor frio inundó todo su cuerpo; flaquearon sus rodillas, y si no cayó desplomado en tierra, lo debió acaso al apoyo que le prestaba la poderosa diestra de su salvador.

Este, que temia realizase su criminal intento, le habia cogido de un brazo, y pugnaba por llevarse de allí.

La oscuridad de la noche impedía que se viesen; pero el jóven, recobrado algun tanto de la sorpresa, desconfió quién podia ser aquel hombre, y le preguntó con sequedad, casi con ira:

—¿Quién sois?

—¿Qué os importa, si vengo á salvaros?

—¿A salvarme? ... Ya es demasiado tarde.

—Nunca es tarde para reconocer un error.

—¿Y quién os da el derecho de constituirme en juez de mis acciones?

—Nadie: mis buenos sentimientos.

—¿Bien! pero no me es posible daros gusto.... Debo morir, y ahora mismo....

El jóven procuró en vano desasirse de la vigorosa mano de su interlocutor, y ya iba á conseguirlo, cuando le dijo éste:

—Oídme cinco minutos nada mas, y si no logro convencerlos, yo mismo os ayudaré, si gustais, á bajar al fondo de ese horroroso precipicio.

—Vuestras intenciones son loables, caballero; pero no me es dado variar de resolucion: es de absoluta necesidad que me sacrifique para que otros sean felices.

—Estais muy equivocado, jóven, debéis vivir, porque todavía la felicidad os aguarda. La existencia es bella para los que aman y son amados.

—¿Por Dios, explicaos!

—Os repito que cometeriais una necedad muy grande en mataros. Ese es un espediente muy vulgar, que debe dejarse á los pobres maridos que han nacido bajo la grave influencia de capricorno.

Una risa sofocada acompañó á estas palabras: el jóven se estremeció, y lleno de ansiedad preguntó á su salvador:

—¿Quién sois?... sacadme de confusiones....

—¡Ah! ¡mi buen don Ricardo de Monleon!

—¿Sabeis mi nombre!...

Ricardo á su vez cogió por el brazo al desconocido.

—Hace mucho tiempo que os conozco,—respondió el soltando una estrepitosa carcajada.

No era la primera vez que Monleon oia aquella voz áspera y burlona; mas no podia recordar dónde ni en qué circunstancias. Las ideas hervian en su cabeza confusas y desordenadas, y poseído de una alucinacion fatal, inclinó tanto el rostro para verle, que sus alientos se confundian. La oscuridad no le permitió distinguir sus facciones, si bien su pequeña estatura le hizo adivinar que era el oficioso compañero que habia encontrado esa tarde en la posada, y que tan grande empeño tenia de acompañarle.

—¿Si, si, esclamó, es él!

—¡Holá! ¿parece que al fin me reconocéis?—contestó el enano con acento de burla.

—¿Qué venis á hacer aqui? ¿Por qué me habeis seguido con tanta tenacidad? ¿Cuál es vuestro objeto....

—¿Quién os envia?... Contestad, pronto.

—Poco á poco, señor mio, no puedo responder á la vez á todas vuestras preguntas. Vamos por partes.

—Contestad pronto, ó sinó!...

—En primer lugar, he venido aqui por que me ha dado la gana: en segundo, os he seguido para evitar que cometierais una tontería; en tercero, tengo que hablaros de un asunto que nos interesa; y por último, Dios, ó el diablo es quien me envia para vuestra desgracia ó fortuna.

Si Ricardo hubiese podido ver el semblante del jorobado, al pronunciar estas palabras, habria leído en él los ruines pensamientos de su dueño. Hasta en el timbre de su voz habia cierta espresion maligna y punzante, que anunciaba la alegría del perverso, cuando se cree seguro de triunfar.

—Caballero, dijo Monleon cruzándose de brazos, basta de chanzas; sin duda os habeis propuesto hacerme reir, y maldito si tengo humor para eso. Seguid vuestro camino y dejadme en paz.

Ricardo se encaminó de nuevo al precipicio, y de nuevo la vigorosa mano de Farruco le obligó á detenerse.

—Insensato, le dijo: Cármen no corre ningun peligro: su marido nada sabe.... os lo aseguro.

—¿Dios eterno! ¿seria posible? gritó el jóven con demencia alborozo.

—No solo es posible, sino que es cierto, repitió el enano.

Ricardo se llevó las manos á la frente, y exclamó con el acento de la desesperacion:

—¿Imposible! ¡imposible! Un miserable nos ha vendido.... La carta que ella me habia escrito ha caido en sus manos, y esa carta escrita con el abandono de la pasion, hará creer á Lozarich lo que no existe.

El jorobado se reia, y en vez de contestarle, metió la mano en los bolsillos de su blusa, y sacando una carta y una linterna sorda, le dijo con malicia, acercando el papel á la luz de esta última:

—¿Conoceis su letra?

—¿Su letra!... dadme esa carta, dadmela!... contestó el jóven tendiendo el brazo para cogerla.

—Poco á poco, señor mio; necesitamos antes estipular ciertas condiciones....

—Hablad.... ¿qué deseais?... ¡os daré hasta mi vida por ese papel!

—¿Vuestra vida? ¡y para qué diablos la quiero yo! algo mas confortable que vuestra vida necesito.

—Exigid de mí lo que gustéis; estoy pronto á hacer cualquier sacrificio....

—Pues bien, oid. Soy mas feo que un demonio y mas pobre que Job; pero la sed de placeres y riquezas es superior á mi fealdad y á mi pobreza. Hace mucho tiempo que busco los medios de enriquecerme, aunque fuese por medio de un crimen, y en veinte y cinco años la fortuna no me ha deparado una sola ocasion favorable. Deseo oro, mucho oro, y por verme dueño de todo el que deseo, daría con gusto mi alma á Satanás!

Caia la nieve en tanto; bramaba sordo el viento; se entrecrocaban las nubes con estrépito, y continuaban ahullando los lobos por las fragosidades de la sierra.

—¿Quereis oro? por fortuna tengo aqui cuanto me pertenece, dijo Monleon ofreciéndole una bolsa que contenia unas treinta onzas:—siento no tener mas.

—¿Cáspita! repuso el enano rechazando el bolsillo con desden; ¿por quién me tomáis? No soy un mendigo. Para que aceptase vuestra bolsa era necesario que fuese tan grande como mi giba y que estuviese llena de oro. ¿No os lo he dicho ya? ¡quiero oro, mucho oro!...

¡y tanto que baste á satisfacer mi sed devoradora! ¿No os he manifestado, añadió, lanzando á su interlocutor una mirada que brillaba como un carbon encendido en sus órbitas hundidas; no os he manifestado que hace veinte y cinco años que no tengo mas idea, mas aspiracion, mas deseo, mas pensamiento, que ser rico, muy rico, riquísimo?

—¿En nombre del cielo! ni aqui ni en Barcelona tengo mas dinero que el que os ofrezco; tomadlo y entregadme esa carta.

—Todavía no; escuchad mis condiciones.

—Es inútil; las acepto de antemano.

—Vamos por partes.... sois artista, como quien dice pintor, y no solo gastais alegremente lo que os producen vuestros cuadros, que no es poco, sino tambien la pension que os han señalado un tío millonario y del cual sereis único heredero.

—Es cierto; pero eso....

—Poco á poco, señor mio, y entendámonos. ¿Quereis que os deje leer la carta y me comprometa á guardar un eterno silencio sobre lo que sé y lo que no sé, y ademas, sobre lo que podria inventar en caso necesario?...

—¿La carta! ¡la carta! repitió el jóven ya impaciente.

—Firmad ahora mismo este documento, por el cual os confesais deudor de doscientos mil duros, y todo quedará arreglado amigablemente.

—¿Al momento!

Ricardo cogió la pluma y el papel que Farruco le presentaba, y apoyándose contra la roca firmó sin leer lo que contenia el segundo.

—Tomad, dijo devolviendo apresuradamente al jorobado la obligacion escrita; no hay sacrificio que yo no haga por la felicidad de esa muger. Ahora entregadme esa carta, quiero leerla y romperla.

Farruco llevó á sus ojos al papel, y convencido que no le engañaba Monleon, contestóle, apretando en su mano la epístola y la letra.

—Hasta que muera vuestro tío no podeis pagarme, y entretanto necesito como garantia conservar esta carta en mi poder. El viejo no vivirá mucho: os lo aseguro.

Ricardo se puso lívido de indignacion; Farruco prosiguió:

—De otro modo ¿cómo haria yo efectiva mi deuda si algun dia se os antojase negarla? ¿A qué tribunales acudiria? ¿Cómo probaria yo, pobre diablo, que vos me debiais legalmente tan crecida suma?... ¡Bah! ¡os reiriais de mí!

—¿Cómo miserable! ¿mi firma, mi palabra, no te bastan?

—Vuestra palabra es excelente, vuestra firma muy buena.... pero la carta es mejor. Papeles cantan, señor mio; podria suceder que mas tarde no nos entendieramos, y en ese caso presentaré la carta al marido.

—¿Harías eso, desventurado? exclamó el jóven fuera de sí sacudiéndole del brazo, frenético.

—Eso y mucho mas.... pero no tengais cuidado, lo que es ahora mi propio interés me manda ser circunspecto. Mas adelante, Dios sabe lo que puede acontecer. Por ese motivo anhele conservar la carta.

—¿Pero no consideras que puede estraviarse?... que tu puedes morir?...

—Otros morirán antes, murmuró el jorobado entre dientes.

—En fin, ¿no reflexionas que esa carta puede de un modo ú otro, caer en manos de Lozarich?... Vamos es preciso que me la entregues.... y al punto.

—¿Entregarla?... ¡yo!... ¡primero entregaria la vida!

—¿Pero no consideras, desdichado, que estamos solos... que el abismo no dista cuatro pasos de nosotros, que yo soy el mas fuerte y que tu eres implacable y me provocas á que haga lo que no quisiera?

—¿Vos el mas fuerte? replicó el enano con voz sorda y amenazadora; ¡eso lo veremos!

Monleon, que le tenia cogido por el brazo, le empujó con ira, y le hizo adelantar algunas líneas en direccion al precipicio, en el fondo del cual se oia á la sazón el estrépito de un gran trozo de hielo que rodaba y se partia en mil pedazos, al chocar contra las puntas y acerados ángulos de las rocas.

El jorobado no pudiendo desasirse de la vigorosa presion de aquella robusta mano que parecia incrustarse en sus carnes como un aro de hierro, comenzó á temblar, acaso mas bien de cólera que de temor, porque á pesar de su reducida estatura estaba dotado de una fuerza muscular prodigiosa, como hemos dicho antes, y su cuerpo ancho y voluminoso, sus nervudos y largos brazos, y la agilidad y destreza de todos sus movimientos, anunciaban un adversario temible, ó por lo menos capaz de resistir largo tiempo y de hacer pagar cara la victoria.

—¿Me entregas la carta?... gritó Ricardo con voz vibrante de rabia empujándolo de nuevo al borde del precipicio.

—¡Moriremos los dos!—respondióle el enano esquivando la espalda al abismo y clavando sus garras en los vestidos del jóven.

—¡Eh! ¿qué me importa la muerte? He venido aqui á buscarla y no me asusta... por última vez, ¿me das ó no la carta?

—¡Nunca, jamás!

—¡Ah! ¡miserable!

Monleon no acertó á pronunciar ni una palabra mas: la ira le anudaba la voz en la garganta.

Redobla sus esfuerzos; coge á Farruco á brazo partido y despues de una desesperada resistencia logra derribarle, y se obstina, aunque en vano, en arrebatárle la carta que aquel ha escondido en uno de los bolsillos de sus pantalones.

Horrible era la lucha; los dos estrechamente abrazados á cuatro pasos del abismo, pugnaban y forcejeaban, el enano por arrojar al precipicio á Ricardo, y Ricardo por apoderarse de la carta. Sus gritos é imprecaciones se mezclaban al fúnebre alarido de las ráfagas de viento y al fragor estruendoso del torrente, que descendia en tumulto y abria su enorme boca como para devorar la doble presa que la obcecacion de aquellos dos insensatos le preparaba.

De repente el enano logra desasir uno de sus brazos, que desaparece al punto bajo los pliegues de su blusa.—El alevé busca una pistola que al fin encuentra, y que en vano procura armar, apoyando el cañon contra el suelo; y mientras se consume en inútiles esfuerzos, siente que una mano veloz como una sierpe, se desliza en los bolsillos de sus pantalones y le arrebató la carta. Farruco, á quien la desesperacion presta nuevas fuerzas, consigue incorporarse, inclina hacia atrás la cabeza y descarga con ella tan fiero golpe en la de su adversario, que éste vacila, se bambolea y suelta al jorobado.

Oyese el crugido de la llave de la pistola; sale el tiro y los ecos de la montaña lo repiten.... Felizmente la bala no ha hecho mas que atravesar la levita del jóven, rozándole apenas la epidermis.

Ricardo vuelve á arrojarle sobre el enano que se ha apoderado otra vez de la carta, en medio de su turbacion, y la lucha cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, se traba de nuevo con doble furor y encarnizamiento.

De pronto Farruco, levantado en el aire por Monleon, cae y rueda sobre la nieve resbaladiza; pero al caer se abraza fuertemente á su enemigo y los dos descienden juntos por el rápido declive del cercano precipicio....

Llegan hasta el borde y se oye el choque de un cráneo contra la punta de una roca, acompañado de un grito de horror y una maldicion espantosa... luego se escucha un ruido sordo, lúgubre, estridente, como el ruido de un cuerpo inerte que salta y rebota de peñasco en peñasco hasta el fondo del abismo....

Algunos minutos despues, solo dejaban oír su voz en aquel sitio, la tempestad y el torrente; y la roca, testigo de aquella horrosa lucha, estaba desierta y salpicada de sangre de trecho en trecho.

Los dos enemigos habian desaparecido....

¿Quién era el vencido? ¿quién el vencedor?... ¿ó acaso habian muerto los dos?

—No: cinco dias despues, un pastor descubrió en el valle á donde iban á desembocar las aguas del torrente, el cadáver de un hombre medio devorado por los lobos. Señales inequívocas revelaban que aquel cadáver era del infortunado Farruco.

Lozarich ignoró siempre lo que habia acontecido durante su ausencia; la muerte del perverso enano quedó envuelta en las sombras del mas impenetrable misterio; y Ricardo Monleon, seguro que ni la vida, ni el honor de Cármen corrian el menos riesgo, partió misteriosamente para Madrid mas triste, y mas apasionado que nunca.

M....

BIBLIOTECA

POPULAR



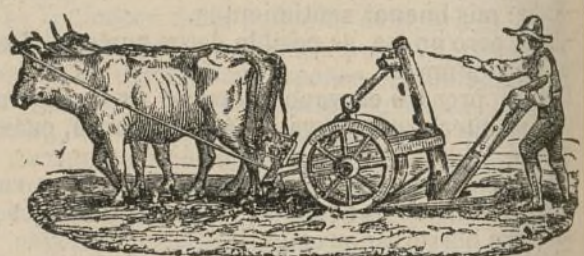
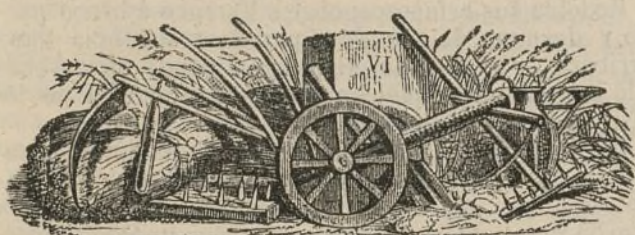
ENCICLOPEDIA

MODERNA:

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

SE HA REPARTIDO EL TOMO QUINTO.



COLABORADORES.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Ventura de la Vega.
D. Tomás Rodríguez Rubí.
D. Jorge Lasso de la Vega.
D. Ramon Mesonero Romanos.
D. Pedro Madrazo.
D. José María Antequera.
D. Francisco Pareja de Alarcon.
El Conde de Fabraquer.
D. Casio Sebastian Castellanos.
D. Alfredo Adolfo Camus.
D. Francisco Fernandez Villabril.
D. José Amador de los Rios.
D. José Joaquín d. Mora.

LAMINAS.

El Atlas de esta obra consta de 360 láminas grabadas en acero y divididas en 25 entregas á 6 reales cada entrega, lo mismo en Madrid que en provincia.

Se ha repartido la entrega cuarta.

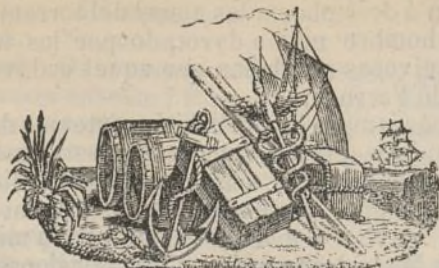


COLABORADORES.

D. M. Lafuente (Fr. Gerundio).
D. Pedro Felipe Monlau.
D. Augusto de Burgos.
D. Joaquín Perez Comoto.
D. Ubaldo Pasaron y Lastra.
D. Robustiano Perez de Santiago.
D. Rafael Maria Baralt.
D. Facundo Goñy.
D. Alejandro Magariños Cervantes.
D. Antonio Flores.
D. Antonio Ferrer del Rio.
D. Antonio Pirala.
D. Emilio Bravo.
D. Joaquín Espin y Guillen.
D. Gabino Tejado.
D. Francisco Sepúlveda.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

LA ENCICLOPEDIA, constará de 25 tomos en cuarto mayor, de mil cien columnas cada uno, edicion esmerada en buen papel y caracteres nuevos. El precio de suscripcion es, á dos cuartos pliego, como obra perteneciente á la *Biblioteca Popular*, 46 reales tomo en Madrid y 20 en provincia. Se reparte un tomo cada mes. Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, núm. 25, y en provincia, ultramar y el extranjero, en casa de los corresponsales de Mellado. En los mismos puntos, se dan gratis los prospectos.



DIRECTOR Y EDITOR F. DE P. MELLADO.—Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

Ayuntamiento de Madrid